

HISTORIA
DEL
SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA
DEL
BREZO



G-F 13710



D6CL

A

HISTORIA

del Santuario de

Nuestra Señora del Brezo



Tipografía de «El Monte Carmelo»

Burgos ————— 1939

+ 113109

C. 1224130

LICENCIAS

Nihil obstat:

Dr. Ollegarius Díaz-Caneja

Poenitentiarius.

Legione, 20 februarii-1939

Imprimatur:

Carmelus, Episcopus Legionensis:

L. † S.



R. 136906

A la Virgen Santísima del Brezo

Recibid, Madre clementísima, este pequeño trabajo, hecho con el fin de contribuir en algo a la propagación de vuestro culto entre vuestros amados hijos de la montaña de León.

Y ya que he sido hasta hoy un pródigo que abandonó en mal hora el hogar paterno, alcanzadme, Madre mía, de vuestro Hijo Santísimo y mi Hermano mayor, que en adelante jamás me separe de la casa de mi Padre, que está en los cielos, y que le sirva agradecido a tantos favores y tantas gracias como he recibido de su infinita misericordia por vuestra intercesión poderosa.

¡Que todas mis potencias y todos mis sentidos se empleen en el servicio de vuestro Hijo y mi Dios; y puesto que, sin méritos míos, he sido elevado a la altísima dignidad de vicegerente suyo en la tierra, se-

pa corresponder al llamamiento divino, dedicándome por entero a su servicio u al vuestro!

Os lo pide con toda su alma, Señora y Madre, vuestro siervo, que no merece llamarse hijo,

RAMIRO FERNANDEZ.

AL PIADOSO LECTOR

Agotada la edición de la *Historia de Nuestra Señora del Brezo*, hecha en Toledo el año 1894, el actual Capellán y Párroco de Villafria, D. Marcos Santos, obtuvo licencia del Ilmo. Sr. Obispo de León para reimprimirla y satisfacer así los deseos de los devotos peregrinos, que quieren conservar en su casa un recuerdo perenne de su visita a aquel lugar santificado con la aparición de la Madre de Dios.

Es un acierto del Sr. Capellán, pues la lectura de estas páginas habrá de encender más y más en el corazón de los devotos de la Virgen del Brezo el amor y devoción a esta Reina y Madre de todos los hombres.

La Historia de la aparición de la Virgen del Brezo que reimprimimos la tomó en su mayor parte su autor el Ilmo. señor

Fernández Valbuena, de la relación del Padre Benedictino Fray Plácido Flórez, como la mejor hecha y más acomodada a la capacidad de los lectores, añadiendo la descripción de la ermita y sus vicisitudes desde el siglo XV hasta nuestros días.

Del mismo P. Flórez entresacó los hechos milagrosos que aquí se publican. Muchos otros más modernos pudiéramos citar, pues son innumerables los prodigios que cuentan haber recibido de la Virgen del Brezo sus devotos, especialmente en estos últimos años, en que el Señor nos ha querido probar con tan terribles pruebas como la gripe del 18 y la guerra que del 36 al 39 hemos sostenido contra el comunismo internacional que pretendía acabar con la fe y la religión de España. Pero no hemos creído oportuno aumentar más el número de páginas de esta Historia.

Por la misma razón omitimos intencionadamente en esta edición los dos primeros capítulos que el Sr. Fernández escri-

bió sobre el culto general de la Virgen en España y especial en las montañas de León, y conservamos la Novena con los himnos y cánticos a la Virgen del Brezo cual se hallan en la edición de 1894.

Recibe, amado y piadoso lector, esta nueva edición de la Historia del Santuario de la Virgen del Brezo. Léela tú y dála a leer a los tuyos, para que la Virgen Madre sea cada día más venerada bajo su advocación del Brezo. Que Ella premie con largueza tu fervor y aprendas a imitarla en sus virtudes y a amarla con todo tu corazón.

EL EDITOR.

Burgos 25 de Marzo de 1939.



HISTORIA DE LA APARICIÓN

DE LA

VIRGEN DEL BREZO

Comenzamos por dar noticia un poco detallada de uno de los Santuarios más célebres de las montañas de León, que lleva por nombre la Virgen del Brezo.

CAPITULO I

Origen del Santuario

Copiamos de la historia del Brezo que, con el título de *La más noble montañesa*, publicó en Valladolid en 1728 el P. Fr. Plácido Flórez, de la Orden de San Benito, lo que sigue:

«En la villa de Cáceres, noble y antigua población en la fertilísima provincia de Extremadura, vivían dos pastores hermanos, que se llamaban Pedro y Diego. No se sabe su apellido propio; sólo nos consta que, noblemente agradecidos, dejaron el que les

dió su honesto nacimiento y sólo fueron conocidos por el renombre del Brezo. A estos dos pastores tan felices se les apareció en sueños la Emperatriz de los ángeles, toda rodeada de luces, pero tan templadas que, previniendo el susto a tan soberano y repentino favor, sólo sirviesen a persuadirles la majestad. Aunque sea digresión, no puedo omitir el reparo de que esta soberana Reina en sus imágenes haya tenido más universalmente el gusto de ser hallada o aparecida a los pastores. Tenemos de este favor en España muchos sabidos ejemplos y, por no detenerme en este discurso, dejo a la curiosidad los motivos.

»Despiertos ya y admirados, oyeron que se les decía *que fuesen luego a buscar un sitio, que llamaban la fuente del Brezo, que está en las montañas de Liébana, hacia la villa de Cervera, porque allí quería que la adorasen y fabricasen su morada.* No dieron cabal asenso a tan celestial aviso, sin duda porque discurrieron con humilde sencillez, que no podían ser capaces de tan divino favor. No se ofendió esta Señora de su inobediencia y disculpable incredulidad, porque en casos semejantes y otros mu-

chos menos se aventura en detenerse en creer, que en creerlo todo con ligereza pueril.

»Volvió la noche inmediata a aparecérselos con los mismos resplandores, y para alentar su timidez les añadió su dignación: *Que ella les asistiría en la jornada y les sacaría con felicidad de todas sus dudas y recelos.* Quedaron con esta segunda visita más confusos, y aunque interiormente inclinados a obedecer el aviso, no tanto les detenía la falta de asistencia a su familia, lo áspero y prolijo del camino y el arriesgado logro de su intento en tan distante y montañoso país, cuanto el exponer su buen nombre a la variedad de dictámenes. En esta perplejidad tomaron el acertado arbitrio de consultar el suceso con las personas de mayor crédito y distinción; y haciéndose el caso público, se verificó su recelo; pues, encontrados los pareceres, les persuadían unos con discreta piedad que no debían resistirse a tan extraordinarios y repetidos avisos, cuando tantas circunstancias les calificaban por seguros. Decíanles otros menos detenidos que serian sin duda ilusiones diabólicas o, cuando me-

nos, alegres travesuras de la fantasía. Ya se deja entender su gran congoja y turbación en tan opuestas persuasiones; pues no hay mayor torcedor para un ánimo deseoso del acierto que el mismo temor de aventurarlo a vista de iguales razones. Presto se serenó esta tormenta; pues empeñada esta Señora en aquietar sus cuidados y desterrar sus temores, se les apareció tercera vez con mayor copia de luces, y aunque siempre benigna, no dejó de reprender con afable ceño su irresolución y tardanza, mandándoles al mismo tiempo que, sin la menor dilación ni consulta, pusiesen en ejecución lo que tantas veces les había mandado y prevenido, y que, de no obedecerla, experimentarían pronto su enojo.

»Con esta tercera aparición se dieron por vencidas sus dudas, y persuadidos ya a que era ilustración superior, se la hicieron manifiesta a algunas personas eclesiásticas, no por modo de consulta, sino por motivo indispensable de su ausencia y despedida y de merecer sus oraciones para tener buen viaje. Para afianzar esta dicha y adelantarse este consuelo, fueron a despedirse y tomar la bendición del señor

Obispo, quien brevemente informado de tan maravilloso suceso y cristianamente envidioso de su felicidad, no sólo aprobó su destino, sino que les alentó mucho y advirtió las muchas y graves dificultades que acaso les representaría el demonio para entibiar sus deseos en esta solicitud, como tan conducente al mayor servicio de Dios y de su Santísima Madre.

»Con esta santa y tan autorizada exhortación, cobraron nuevos alientos, y teniendo muy presentes las señas que les había dado la Virgen, empezaron luego a preguntar por la montaña de Liébana y por la sierra del Brezo. Bien se conoce que sus mismas ansias anticipaban sin reflexión esta pregunta; pues no era fácil que, a jornadas tan cortas, adquiriesen noticia cierta de la dicha montaña, y mucho menos de la sierra. Prosiguieron animosos su camino hasta acercarse más al deseado término, y aunque en aquellos contornos les señalaron fácilmente la montaña, ayudando a esta facilidad su misma altura, no lograron las últimas noticias de la fuente, por ser sitio no conocido en aquellos parajes. No obstante, se consolaron mucho con

este informe, y sin perder de vista la montaña, como apetecido objeto de su alto destino y sagrada concha de tan preciosa perla, lograron, en fin, en aquellas vecindades individuales noticias de la fuente; si bien les previnieron los naturales la suma dificultad en encontrarla, no sólo por la confusa maleza de los árboles, sino por la encumbrada escabrosidad de los riscos, a donde con conocido riesgo llegaban tal vez los ganados. No acobardó esta prevención sus fervorosos deseos, que no deben ser éstos menos valientes para empresas tan sagradas que para profanas empresas.

»Empezaron a subir y al mismo tiempo vencer las intrincadas malezas y espesuras de aquel tosco y basto promontorio. Cada senda que encontraban creían que les encaminaba al deseado sitio; y cortado muchas veces el hilo de sus esperanzas, hallaba nuevo motivo su fervor para implorar la guía y asistencia de su fidelísima Patrona. Reconviniéronla devotos con la palabra que les había dado de dirigirles y ampararles, haciéndose cargo al mismo tiempo de que entregados a aquel confuso bosque, era tan dificultoso y tan arriesgado el

volverse, como el proseguir su viaje. Esta reflexión, y principalmente la fe, les encendieron nuevos bríos para no fiar su fortuna de la engañosa observación de las sendas y esperar toda su dicha de la que es Madre de la esperanza santa. Con estos nobles impulsos prosiguieron avanzando peñascos y empinados riscos, hasta descubrir una llanura donde encontraron un arroyo. No era grande su caudal, pero en su misma corriente o precipicio, daba claramente a entender su descontento. Siguiéron cuidadosamente su margen hasta hacer las informaciones de su origen, y certificados ya de todas las señales descubrieron a breve espacio la fuente, más noble, sin duda, por depósito de tesoro tan divino que por la calidad de sus aguas.

«Aquí creo yo que empezarian los recíprocos abrazos y parabienes de ver tan bien logradas sus fatigas y haber llegado a tan apretada estancia. ¿Quién dudará del cordial rendimiento y alegre ternura con que darían a esta Señora repetidas gracias por haberles elegido por instrumento para que en aquel inculto paraje se estrenase su devoción y nuevo culto? ¿Quién

negará las muchas y grandes utilidades que de esta tan prodigiosa aparición se han seguido a estos nobles y afortunados montañeses? ¿Quién dijera que la desgredada sierra del Brezo se había de transformar en santuario y templo de María Santísima? ¿Cuántas almas y de remotos países han buscado sedientas las saludables aguas de esta purísima fuente y hallado la más eficaz medicina a sus espirituales y corporales dolencias? Mucho debemos todos a esta Madre clementísima; pero, sin duda, son más deudores los pueblos, que por más cercanos, disfrutan más frecuentemente su poderoso patrocinio. Realza y encarece más su fortuna la imponderable circunstancia de haber sido esta soberana Reina la que les buscó y escogió, por tan extraños medios, para ofrecerles y convidarles con su continua intercesión, como en tantas ocasiones lo ha acreditado su piedad. Verdaderamente que sería grosero olvido e ingratitud sacrílega el no corresponder amantes y agradecidos a tan rara e incomparable fineza.

»Gozosos, pues, de ver tan bien logrados sus deseos, fabricaron brevemente una choza pequeña, que sirviéndoles de abrigo,

les sirviese también de resguardo contra las muchas y diversas fieras que habitaban aquel monte. Concluida fácilmente la fábrica y llegada la noche, tomaron posesión de su albergue. Sería proporcionado el sueño a su gran cansancio y sin echar de menos las blandas lisonjas de las plumas; pues de otro pastor más delicado sabemos que durmió muy bien sobre unas piedras, que les sirvieron de almohadas. Empeñada esta Señora en la prosecución de sus favores, se les volvió a aparecer en la misma forma que en Cáceres; mostróseles muy afable y risueña, como dándoles las gracias por su fe, por su constancia y desvelos. Dijoles: *Que a la mañana verían una copia suya en aquel sitio, toda cercada de luces; y que era su voluntad, que en el mismo lugar en que la viesen la fabricaran un templo, en donde la venerasen sus devotos.* Y cumpliendo, como tan noble, su palabra, vieron al despertar, con lágrimas de gozo y de ternura, la misma imagen que hoy se venera en su Iglesia.

»No se sabe de dónde vino este bello simulacro; sólo podemos con fundamento discurrir que sucedió con esta sagrada ima-

gen lo que con otras muchas, a quienes, en la furiosa irrupción de los moros, escondieron y retiraron los cristianos a los sitios más fragosos, cautelando, por este medio, los groseros desacatos de tan infame canalla. Y como los juicios de Dios tienen para la ejecución su prefinido o determinado tiempo, acaso suspendió su providencia el que se descubriese este tesoro hasta que los Reyes Católicos acabasen de desterrar de sus dominios a aquellos bárbaros infieles, tan declarados enemigos suyos como de su santísima Madre.

»Corrió ligera la voz por todo aquel venturoso país, y conmovida la devoción con tan venturosa novedad, fué tanto y tan continuado el concurso, que en breve tiempo se hizo tratable camino los que antes eran inaccesibles peñascos. Miraban todos a su Serrana divina en una pobre cabaña, sin más ostentación ni más adorno que la tosca tapicería de unas ramas, que, haciendo en esta función toda la costa, también servirían de dosel a tan sagrada deidad. Miraban también a los dos peregrinos como a Colones de aquella India, sólo habitada de las fieras, a quienes darían con

razón mil parabienes, por haberles dado a conocer en su misma tierra tan noble y graciosa paisana. No se pasaron muchos días sin que se experimentase su hidalga afición y gratitud; pues concurriendo todos a proporción de sus medios y a impulsos de su piedad, se fabricó en poco tiempo el hermoso templo que hoy se ve, tan fuerte y lucido como majestuoso, en donde, con devota impaciencia y sin esperar otros adornos, colocaron festivos a la que ya miraban como sagrado imán de sus afectos».

Hasta aquí el P. Flórez, cuyas palabras hemos copiado literalmente sin poner ni quitar, y sobre las cuales se nos ocurren varias observaciones, pero nos contentaremos con exponer una de ellas.

Según la relación del P. Plácido Flórez, a quien siguió en este punto D. Domingo Hevia, que fué algunos años capellán del santuario del Brezo, en cuya restauración trabajó no poco después que, por la expulsión de los frailes el año 35, quedó casi abandonado y en estado lastimoso, los pastores, a quienes se apareció la Virgen en Cáceres, eran naturales de aquella ciudad extremeña. A nosotros, en cambio, nos pa-

rece más probable y más admisible que los tales pastores favorecidos de María fuesen oriundos de las montañas de León, y acaso acaso de algún pueblo de la Guzpeña o de otro punto inmediato al sitio donde más tarde se había de levantar el templo de la Virgen.

Fundamos esta nuestra opinión en el modo ordinario que tiene la Providencia de ejecutar sus obras maravillosas, *con fortaleza y suavidad, fortiter et suaviter*, como nos enseña el libro de la Sabiduría. Ya se ve que no hay repugnancia ninguna en que la Madre de Dios enviara a dos extremeños a tierras tan distantes para que buscaran allí su imagen bendita; pero parece que, teniéndolos en tanta abundancia de aquellas montañas, cuyos habitantes estaban dedicados casi todos al pastoreo del ganado trashumante hasta que éste ha ido desapareciendo poco a poco, no quedando apenas restos de lo que era al principiarse el siglo, y yendo a invernar con sus ganados a Extremadura, como van hoy mismo los pocos rebaños que van quedando, era más natural que encargara a los serranos (así llaman los extremeños a los leoneses), la

busca de su imagen, que podían hallar con relativa facilidad en terrenos que debían serles muy conocidos. Hace bien pocos años pastaban en el mismo sitio donde está el actual santuario del Brezo las merinas del conde de Canilleros, cuya cabaña se extinguió con la muerte del padre del conde actual, señalándose por los vecinos de Villafria el local donde se hallaba el chozo de los pastores con los corrales de dormida, que aún se distinguen perfectamente.

Si a esto añadimos que enviar a dos cacereños con encargo de buscar la fuente del Brezo en las montañas de Liébana, que desde Sanglorio van bordeando la provincia de León y después la de Palencia, internándose en la de Santander y ocupando un terreno dilatadísimo de montes y brezales, tan comunes en toda aquella cordillera, sin más señas ni guía de ningún género, era como pedir un imposible; tanto más, cuanto que el Brezo no está en territorio de Liébana, sino fuera de él, en la parte montuosa de la actual provincia de Palencia, se verá claro que la Virgen María no había de mandar una cosa que los pastores no podían humanamente cumplir.

Lo probable, por consiguiente, es que los pastores favorecidos con las visiones celestiales fueran montañeses que estaban invernando en Cáceres al cuidado de las merinas de alguna de las muchas cabañas trashumantes, que pasaban el verano en aquellas montañas y el invierno en Extremadura. De otra suerte habría alguna noticia de la Virgen del Brezo en aquella ciudad extremeña, donde es completamente desconocida. Como prueba de ello véase lo que nos dice el Sr. Arcipreste de Cáceres, don Manuel Corrales, en atenta carta de 25 de Febrero de este año 1894, respondiendo a unas preguntas que le habíamos hecho: «Desde luego me convencí de que por aquí no había noticia del suceso a que usted se refiere en la suya; pues hace veintitrés años que resido en esta ciudad y jamás he oído lo que usted cuenta. Mas, para mayor seguridad, he preguntado a sacerdotes ancianos de ésta para cerciorarme, y nada han oído. De modo que, si el hecho tuvo lugar, como aquí no afectaba más que por ser naturales de esta ciudad los hermanos (que tal vez estaban expatriados de esta tierra), no tuvo en ella gran resonancia el suceso, o

se extinguió pronto el ruido que aquí hiciera».

La observación del señor Corrales en cuanto al estar expatriados los hermanos, está muy en su lugar, partiendo del supuesto fueran cacereños los pastores, a la vez que coincide con nuestra hipótesis de que estuvieran allí temporalmente, siendo serranos. ¿Es posible, si hubieran sido naturales de Cáceres los favorecidos hermanos, que no se conservara en aquella religiosa ciudad alguna reminiscencia del hecho? En verdad que la Madre de Dios, para establecer su culto en las rocas de Masabielles, no buscó a ningún extraño, sino a una joven de Lourdes; y para ser venerada en la Saleta, no fué por pastores al Pirineo, sino que los encontró en la misma cordillera de los Alpes. Esta nuestra observación ni quita ni pone en el relato histórico, que admitimos desde luego. Lo que hace es facilitar la credibilidad del hecho, añadiendo una circunstancia que lo haga más verosímil y lo ponga más en armonía con el modo ordinario que guarda la Providencia divina en el gobierno del mundo y en la dirección de sus escogidos.

CAPITULO II

**Emplazamiento e historia del Santuario
de Brezo**

En la cordillera cántabro-asturiana, a 38 kilómetros al Norte de Saldaña, en la provincia de Palencia; a 50 kilómetros al Sur-Oeste de Potes, en la de Santander; a 38 al Sudeste de Riaño, en la de León, y a 25 al Oeste de Cervera, en la de Palencia, que son las cuatro cabezas de partido más próximas; a 15 kilómetros del río Carrión por el Oeste y 25 del Pisuerga por el Este, se halla la pequeña aldea de Villafría, perteneciente en lo civil a Palencia y en lo eclesiástico a León, a raíz de la sierra caliza que desde el Pisuerga separa la parte montañosa de la llanura hasta morir en la ribera del Esla y pueblo de Cistierna. Sobre Villafría se encuentran dos elevadas peñas, separadas entre sí por el cauce de un arroyuelo y un estrecho y escabroso camino de 3 kilómetros, a cuyo extremo Norte, e inclinándose un poco sobre la izquierda, se ve un hermoso templo en medio de horrible desierto.

Después de salir de la hoz formada por las peñas dichas, de las cuales la de la derecha, mirando al Norte, llaman «Peña Mediana», y la de la izquierda «Peña Robla», aparece una cuesta enorme formada de conglomerados calizos, sin que apenas se encuentre tierra vegetal ni más arbolado que los brezos que cubren el cerro y algunos yerbatos propios de terrenos tan estériles como suelen serlo los en que se producen espontáneamente aquellos arbustos. Doblando la cuesta hacia el Norte se halla, a los 6 kilómetros, Valcobero, siendo el nombre de la citada cuesta «La Horcada».

Lindante con «Peña Robla» hay otro pico, separado de ella solamente por el cauce de un arroyo que no lleva agua fuera del tiempo de invierno; y en lo más alto de aquella peña se halla una fuente, que más bien parece un depósito de agua perenne, porque ni corre nunca ni jamás se seca. Tiene la forma de un pie humano cabado en la roca, y la tradición del país dice que allí mismo fué donde se apareció la Virgen a los pastores, refrigerando su ardiente sed con el agua de aquel depósito, al mismo tiempo que les consolaba y ani-

maba a que continuaran siéndola fieles. Por eso es conocida con el hermoso título de «Fuente de la Virgen». Allí les indicó el sitio donde encontrarían al siguiente día su sagrada imagen, teniendo por trono un florido brezo; de donde viene la denominación de la sagrada efigie y del templo que la contiene, no porque antes se llamara aquel terreno «sierra del brezo», como escribe el P. Flórez.

Sobre la cumbre de «Peña Mediana» se ve una cruz que suben a adorar los devotos, muchos de ellos descalzos, ascendiendo por aquella pendiente sin camino ni senda más que la practicada por los penitentes pies de los peregrinos que, sin miedo a los guijarros ni al cansancio producido por la subida casi perpendicular y bajo el sol de la canícula, nos dan admirable ejemplo de mortificación, harto difícil de imitar.

Solamente estando al pie de la peña se puede formar idea exacta de lo trabajoso y difícil de aquella ascensión. No hemos podido averiguar el origen de esta piadosa práctica.

Acaso los cristianos, recordando el Calvario, pretenden imitar la subida del

Hijo de Dios cargado con la Cruz en que estaban los pecados de los hombres, haciéndola tan pesada; y ya que no les sea dado ayudarle como Simón Cirineo, desean imitarle supliendo con lo empinado de la cuesta y la aspereza del piso el gravamen del leño santo.

Pertenecía en el siglo XV al pueblo de Villafría y su término al convento benedictino de San Román de Entrepeñas, poco distante del sitio que estamos describiendo, y el convento de San Román era hijuela del de San Zoilo de Carrión. Así es que, cuando en 1478 se apareció la Virgen María y los pastores encontraron su efigie, pronto los benedictinos tomaron parte en el asunto y edificaron junto al templo de María un nuevo convento, cuyas ruinas aún se conservan, para dar allí culto perpetuo a la que se había dignado significar, de un modo tan extraordinario, su intención de oír en aquel desierto las plegarias de sus hijos.

A un kilómetro de Villafría y distante dos del santuario del Brezo, está una ermita de San José, como centinela avanzado del sagrado depósito escondido más

arriba entre las sierras; desde allí empezaba antes el «Vía-crucis», cuya última estación se hallaba colocada en las inmediaciones de la hospedería del convento, única parte que de éste se conserva. Muy bien haría el P. Capellán de la Virgen en colocar de nuevo las cruces derribadas por la impiedad revolucionaria, para promover la devoción de los fieles al misterio augusto de la Pasión de Cristo Jesús y combatir por este medio tan eficaz el actual sensualismo y la indiferencia religiosa. En la parte occidental de la cuesta, y en la intersección de los caminos que van a Valcobero y a Valsurbio, se encuentra otra ermita en malísimo estado, dedicada, si no recordamos mal, al Santísimo Cristo. ¡Qué lástima que se halle tan abandonada y precisamente en un punto como aquel, que sirve de refugio a los caminantes en tiempo de invierno, donde las nieves y ventiscas son tan frecuentes y tan peligrosas! ¡Cuántos viajeros habrán conservado la vida al abrigo de aquellas benditas paredes, sin las que habrían perecido víctimas del frío y acaso de la voracidad de los lobos! Si para ello tuviéramos alguna autoridad, su-

plicaríamos de rodillas a los vecinos de Villafría, de Valcobero, de Otero y de Val-surbio, que repararan aquella casa de la cruz, refugio de pecadores y de viajeros extraviados; y aún más, que ampliaran sus pórticos y los pusieran en condiciones de poder asilar con seguridad a los transeuntes en caso de necesidad y de apuro.

Pero volvamos al santuario del Brezo.

Indicado queda en lo que copiamos del P. Flórez, que comenzó por ser una choza al estilo pastoril, según acostumbran hacer los misioneros en tierras bárbaras, que edifican un templo rústico y provisional para atender a las necesidades de los nuevos fieles y del culto divino, entre tanto que la Providencia les depara los medios de fabricar uno con el decoro que pide la Religión. A la primitiva capilla de ramajes de la Virgen del Brezo sucedió bien pronto otra de mampostería, costada por la limosna de los devotos, que empezaron a acudir en peregrinación a aquel desierto, escogido por la Madre de Dios para comunicar sus favores a los hombres.

No duró mucho esta segunda capilla, que resultó demasiado reducida para con-

tener a los numerosos fieles que, de los contornos y aun de países distantes, iban en romería al Brezo. Y cuando los Padres Benedictinos tomaron a su cargo el santuario y edificaron un convento para que religiosos de su instituto fueran como los guardianes de aquel tesoro, levantaron también un hermoso templo en donde con menos indignidad pudiera venerarse la sagrada imagen. Bien podemos aplicar a la casa de María Santísima del Brezo lo que canta la Iglesia en el himno de Laudes de la fiesta del Pilar:

El techo humilde prístino
que a los padres se debe,
en suntuosa fábrica
la devoción promueve:
no menos el magnífico
que el pobre agradará.

Pues al altar santísimo
concurrén los devotos
dones trayendo espléndidos
de países remotos,
donde la Virgen inclita
señales de amor da.

Han pasado los siglos sin incidente notable en la vida del santuario; los religiosos encargados de su custodia cantaban las divinas alabanzas y las glorias de María en aquel desierto, y los fieles concurrían a depositar sus ofrendas al pie del altar de la Virgen Madre y a buscar el remedio a sus males de alma y cuerpo, hasta que se desencadenaron sobre España los furores del infierno y vino la revolución religioso-político-social, que concluyó con los monasterios, asesinando a unos religiosos y dispersando a otros; con lo cual los benedictinos del Brezo, siguiendo la suerte de sus hermanos, tuvieron que abandonar aquella dulce soledad para andar errantes de uno en otro punto, cual criminales a quienes persigue la justicia. A la partida de los religiosos sucedió la demolición del convento, del cual sólo se ven hoy los cimientos, si se exceptúa la hospedería con su hermosa portada, que, por fortuna, pudo evadirse de las iras y piqueta revolucionarias.

Abandonado el santuario, los vecinos de Villafria recogieron la sagrada imagen y la depositaron en la iglesia parroquial, esperando mejores tiempos, hasta que, pa-

sada la ira de Dios, pudiera volver de nuevo al antiguo templo, levantado por la piedad y conservado en aquellos riscos casi por milagro, aunque tan deteriorado que era una compasión el verlo, y su visita debía producir, en los que habían conocido el antiguo esplendor, el mismo efecto que produjo la vista de las ruinas del templo de Jerusalén a los judíos que volvieron de la cautividad de Babilonia. Era tan lastimoso su estado, que, en Cervera del rio Pisuerga, a cuyo partido judicial pertenece Villafria, se fijaron edictos, en Septiembre de 1849, para vender el solar del templo mismo de la Virgen del Brezo; sin que, gracias a la protección y cuidado que la Señora tenía de su casa, hubiera llegado a realizarse la venta, que habría sido un baldón para toda España, y más aún para aquel religiosísimo país.

Dios había preparado un nuevo Esdras en el Ilmo. Sr. D. Joaquín Barbajero, nombrado Obispo de León, después que se reanudaron las relaciones entre el Gobierno español y la Santa Sede; y este celoso Pastor envió al Brezo un monje de San Benito, don Domingo Hevia, quien con celo lau-

dable, y venciendo toda clase de obstáculos, que no eran pocos, ni pequeños, logró restaurar el templo, cerrado hacía quince años y enteramente desmantelado; consiguiendo que el día 25 de Agosto de 1850 fuera llevada en triunfo la sagrada imagen de María desde la parroquia de Villafria al antiguo santuario, en medio de una multitud innumerable de devotos, que habian acudido a presenciar la entrada triunfal de su Madre amantísima en el antiguo templo convenientemente restaurado.

No deja de ser providencial esta restauración del santuario del Brezo y el que se conservara en medio de los furioses revolucionarios que demolieron el convento y tantos otros asilos de virtud en toda la extensión del territorio español, con innumerales templos, que servían para que los religiosos cantaran las divinas alabanzas e invocaran sobre los hombres las gracias celestiales. Es que la Virgen Maria quiso poner su morada, como paloma en los agujeros de la piedra, sobre aquellos riscos que, recordando a sus devotos el estado de desierto, les hicieran elevar sus deseos a lo alto. En confirmación de esto recordemos

lo que la tradición, conservada en el país y testimoniada por el P. Flórez, refiere acerca de los comienzos del santuario.

Sucedió, pues, que los vecinos de Villafraja, por tener más cerca de sí la sagrada imagen, determinaron bajarla de aquellas breñas y depositarla en la ermita de San Justo, a la falda y al Mediodía de Peña-Robla, en un sitio muy solano y ameno, donde con facilidad pudieran visitarla sin tener que subir la hoz ni hacer huella por entre la nieve, que dura muy poco tiempo en la resolana de San Justo. Puestos de acuerdo todos con el capellán, subieron en romería y bajaron en solemne procesión y grande reverencia la imagen de la Virgen. Pero al día siguiente, cuando alegres y contentos con lo hecho se llegaron a saludarla en su nueva habitación, quedaron sorprendidos y maravillados de que, estando las puertas cerradas, y no viéndose fractura ni violencia en puertas, ventanas ni paredes, la imagen, sin embargo, había desaparecido, hallándola poco después en el santuario donde la Madre de Dios había dicho a los pastores que quería ser venerada. Otras dos veces repitieron la trasla-

ción, y otras tantas mostró la Señora lo poco que la agradaban aquellas miras interesadas de sus devotos, volviéndose a su templo primitivo.

Es este, tal cual se conserva hoy, de estilo románico, en forma de cruz latina, de una sola nave con su crucero y media naranja en el centro, las paredes de mampostería, los arcos, las cornisas y los esquinazos de piedra de sillería, juntamente con la fachada, y la portada, de que antes hicimos mención. Tiene de largo, en la parte interior, 104 pies, por 36 de ancho en el crucero y 22 en el cuerpo de la iglesia, con 8 en las cuatro capillas laterales, dos a cada lado. La altura de la media naranja es de 56 pies, y la del resto del templo de 45, 36 hasta la cornisa y los demás desde el arranque de las bóvedas. La fachada, por último, tiene 50 pies de altura, hallándose en el centro de ella la puerta, un poco pequeña y achatada, a cuyos dos lados se ven, en el cuerpo inferior, los Corazones de Jesús y María en escultura de alto relieve, y también demasiado diminutos; en el superior, las armas pontificias y episcopales de la Diócesis de León,

a la que pertenece el Santuario. En el centro de la fachada hay una ventana, sobre la cual se ve un viril, y debajo de ella, sobre la portada, una hermosa cruz.

En el centro de la capilla mayor está el trono de la Virgen, hecho todo él de madera, sin gran mérito y rodeado de cuatro mesas de altar, para que puedan celebrar cuatro sacerdotes a la vez. Hallábase al nivel del suelo; pero el capellán actual, con el fin de que los fieles en las grandes romerías que se celebran el 29 de Junio, 15 de Agosto y el 21 de Setiembre pudieran ver y contemplar la sagrada imagen desde la misma puerta y seguir al celebrante en todas las ceremonias del Santo Sacrificio, consiguió elevarlo cuanto era necesario, sin desmontarlo y con las cuatro mesas de altar, bajo la dirección del inteligente alarife D. Joaquín Cajigal, vecino de Villaverde de la Peña.

La capilla mayor, el crucero con la media naranja y dos cuerpos más, son obra de los benedictinos del siglo pasado, los cuales tenían preparados abundantes materiales para añadir un tercer cuerpo con una fachada digna de la Señora de la casa,

cuando les sorprendió la orden de abandonar aquel santo lugar y vivir como clérigos seculares en medio del mundo. Casi todo lo que aquellos buenos religiosos prepararon para continuar la obra del santuario, desapareció en los quince años de abandono.

Comenzada la restauración del templo en 1850, por el entonces capellán D. Domingo Hevia, ya que no se podía pensar en la reedificación del monasterio por haber sido condenados al ostracismo los monjes, y reanudado el culto desde el 25 de Agosto del mismo año, fueron arreglándose las cosas todas a él pertenecientes por el celo de los señores capellanes que sucedieron en el cargo al citado Sr. Hevia, hasta que en 1881 D. Manuel Díez, párroco de Villafria y capellán del Brezo, mandó hacer los cimientos del último cuerpo y los de la fachada principal, ejecutándose las obras de mampostería y demás necesarias, hasta el año de 1887, por el alarife citado arriba y bajo la dirección de D. Pedro Rey Bravo; siendo el importe total de ellas unas 25.000 pesetas, recogidas de las limosnas de los devotos en aquel lapso de tiempo y em-

pleadas con celo y prudencia en la reedificación por el señor Diez. El actual Administrador D. Marcos Santos, terminó de hacer las Hospederías, donde se albergan los devotos, el año 1921. Mide cada una 29 metros de largo por 8 de ancho. El Año Santo de 1933 se construyó la hermosa espadaña en donde se colocaron las campanas, donadas por el Excmo. Sr. Obispo de León, D. José Álvarez Miranda y una verja de hierro, quedando con ella cerrado el patio que conduce al Santuario.

En estas obras se han gastado 29.500 pesetas, limosna de los devotos de este venerando Santuario.

Para que los romeros que concurren en Junio, Agosto y Septiembre principalmente, aunque apenas faltan en todo el año, fuera de la época de las nieves, a reverenciar la sagrada imagen de María, tuvieran un abrigo contra el sol, ya que todo aquel cerro está enteramente pelado, sin más plantas que raquíuticos brezos, han tenido el buen acuerdo los señores Capellanes de plantar alamedas de chopos, algunos de los cuales son ya bastante crecidos. Y en verdad que es un gran pensamiento el propa-

gar y conservar estas alamedas, valiéndose, para el riego, de la poca agua que produce una fuente próxima al Santuario por la parte Norte. Fuente que tenían muy bien arreglada los religiosos con un depósito de piedra de sillería y caños de hierro, pero que sufrió la misma suerte del convento y sus dependencias.

Dos palabras más sobre la sagrada efigie y terminamos este capítulo. De ella dice el P. Flórez: «Tiene esta prodigiosa imagen casi cinco palmos de altura, y todo lo demás muy correspondiente a una puntual simetría. Son sus ojos alegremente compasivos; ni tan blanco el rostro, como modernamente se estila, ni tan moreno como el de otras, sino una mezcla agraciada, que, inclinándose más a la blancura, se puede decir que es hermosa. Lo más admirable es que en tantos años como se presume que estuvo escondida en aquel monte y expuesta a tanta variedad de temporales, ni éstos causaron el menor agravio en la belleza de su rostro ni se ha conocido hasta ahora algún desmayo en los colores; que no es pequeño prodigio en un paraje tan frío como húmedo. Está sentada en una silla,

como trono y divisa de la Majestad; pero como en esta postura no podía lucir ni esmerarse tanto la liberalidad y el aseo, ha muchos años que discurrió la devoción el vestirla, aunque con tal aire y destreza, que totalmente desmiente el estar sentada. No se descubre todo el niño, que es muy parecido a la Madre, porque lo estorban los vestidos; si bien se manifiesta lo bastante para el cariño y respeto. Ciñe sus sagradas sienes una corona imperial, y teniendo una gran luna de plata a sus pies, se ostenta en todo una matrona de igual agrado y soberanía»

No está mal hecha la descripción del P. Flórez; pero es lástima que la imagen, regularmente tallada, y con mayor perfección que las del siglo XIV, se halle vestida y disimule el estar sentada, lo cual la daría verdadero aspecto de majestad. Medida por nosotros en Agosto de 1893, resultó su altura de 0,66 metros, comprendiendo la silla que no se ve a causa de los vestidos. Excusamos entrar en disquisiciones acerca de su antigüedad y mérito artístico, porque estas cosas en nada conducen a la piedad y devoción de los fieles.

CAPITULO III

La Virgen del Mar.

Existe en el mismo Santuario del Brezo, y se halla colocada en la capilla del lado del Evangelio, más próxima a la mayor, otra imagen de María Santísima, conocida por el nombre de «Nuestra Señora del Mar», cuyo origen refiere así el citado padre Fray Plácido Flórez: «Parece que se empeñó la divina Providencia en hacer célebre y plausible esta montaña; pues no contenta con tan milagrosa copia, la añadió el singular favor de hacerla nuevamente conocida con la prodigiosa venida de Nuestra Señora del Mar. Y fué que el año de 1570, andando unos pescadores echando sus redes en las costas de Cataluña, vieron venir sobre las olas una caja grande de madera. Luego la procuraron recoger a su barquilla, creyendo con feliz engaño que en ella se encerraba algún gran tesoro. No veían las horas de salir a tierra para certificarse del hallazgo y repartirle entre sí como buenos compañeros.

Bogaban alegres con esta esperanza

cuando con furiosa y repentina cólera se enojó tanto el mar contra el pobre bajel, que temieron con razón los marineros hallar en las olas su sepulcro; y como la primera diligencia en estos riesgos es aligerar el esquife, luego arrojaron a aquel inquieto golfo la rica presa que habían encontrado. Nada les valió esta industria, porque volviéndose la caja otra vez al barco y tropezando en un escollo, se hallaron de repente sumergidos bajel, arca y marineros. Fué igual el susto a la gravedad del peligro, pero no fué menor su advertencia en invocar fervorosos aquella Estrella del mar, a quien deben los navegantes tantas vidas, cuantos han sido los peligros de que les ha librado su clemencia; siendo tan eficaces sus súplicas, que calmado el mar y surto el bajel, se hallaron todos juntos con la caja, que poco antes arrojaron al arbitrio de las olas.

Recobrados del susto y admirados del prodigio, ya discurrían que la caja encerraba más misterio y otro tesoro diferente del que ellos habían aprendido. Rindieron al Señor las gracias y a su Santísima Madre, a cuya intercesión reconocían el haber-

se librado de la muerte. Remaron cuidadosamente hasta un pequeño puerto que tenían a la vista, y con devota impaciencia luego se empleó su curiosidad en abrir la caja. ¡Qué venturoso naufragio! ¡Qué feliz descubrimiento! Vieron con indecible gozo una imagen hermosísima de la Emperatriz de los cielos y con su preciosísimo Hijo en los brazos. No tenían voces para explicar su alegría, al verse tan sagradamente ricos. Pero no sería menor su pena cuando leyeron este letrero en la caja: *Voy en romería a Nuestra Señora del Brezo.* No hay duda que sería su desconsuelo grande; pues cuando se consideraban acreedores a tan rica presa, se vieron altamente precisados a obedecer y ejecutar lo que les intimaba el letrero. No pudieron resistirse a tan patente y misterioso aviso, pero tampoco sabían qué norte o qué rumbo había de tomar su obediencia; pues aunque el santuario de Brezo era muy conocido en el reino de León, Campos, Extremadura y montañas, no había volado tanto la fama que hubiese llegado a Cataluña. No obstante, reflexionaron como cuerdos, que siendo su-

yo el aviso, quedaba a cuenta de esta Señora el dirigir sus pasos.

Salieron, pues, con esta confianza y con tan celestial Romera a ejecutar su jornada. Costóles algún trabajo el discurrir con la caja, sin descubrir el tesoro, por no exponerse a algún disculpable latrocinio, por algunas villas y lugares de Valencia y Aragón, hasta que entrando en Castilla la Vieja lograron las primeras noticias. Certificados ya del templo y de la imagen que buscaban, llegaron alegres y gustosos con la mejor peregrina que se habrá visto hasta ahora; la que, en testimonio de su fiel y afortunada obediencia, presentaron reverentes en el Santuario del Brezo, en donde hoy se venera con la más propia advocación de *Nuestra Señora del Mar*. Bastaba el letrero, que hoy se conserva en la misma caja, para perpetuo testimonio de esta maravilla; pero cristianamente ambiciosos los devotos pescadores de eternizar su fortuna y su memoria, fabricaron allí una pequeña barquilla con sus jarcias, remos, áncoras y velas, que suspendieron en un arco del templo como divisa propia de su ejercicio y perpetua testificación de este milagro.

Puédese fácilmente creer que fué esta bella imagen una de las desterradas en aquella grosera y sacrilega persecución de Inglaterra, lo que hace muy verosímil la puntual cronología de los años; pero cuyo fuese el letrado, ni quién le dictase, no es fácil discurrirlo, y sólo se permite a la piedad el creer que fué alta disposición del cielo, o para que fuesen duplicados los cultos de tan divinos simulacros o para que, siendo uno mismo el prototipo a quien se dirigen nuestros ruegos, tuviese la devoción en qué elegir según su afecto e inclinación. Es esta imagen de talla entera y vara y media de altura. Tiene a su Hijo precioso en los brazos, a quien inclina un poco la cabeza como que le habla o le acaricia. Es tan blanca y rubia como inglesa; pues si es cierto, como escribe el P. Urreta, dominico, que los de Etiopía, por ser gente generalmente negra, pintan de este mismo color a todas sus imágenes, no habrá que admirar que la pintasen tan blanca, cuando tanto sobresale este color en la nación inglesa.

Lo cierto es que, además de ser muy roja, resplandece en su rostro una hermosura tan modesta y una majestad tan afa-

ble, que convida a un tiempo mismo a la afición y al respeto. Y así dicen muchos que, a no haberse anticipado la imagen del Brezo, así en la posesión como en tantos prodigios, se llevaría ésta los aplausos; pero como todo, gracias a Dios, se queda en casa, nunca me he detenido en esta disputa. Lo que no se puede negar es que la Virgen del Mar es la peregrina o la romera, y que Nuestra Señora del Brezo es la visitada, y que si basta una imagen prodigiosa y de María Santísima para ilustrar un santuario, no es poca ventaja y felicidad el tener en este templo tres, con la otra devota imagen de los Remedios, no menos acreditada a nuestros cultos. Bendita sea la infinita bondad de Dios que tanto quiso favorecer aquel país». Nada tenemos que añadir a la relación del P. Flórez, sino confirmar cuanto dice respecto a la imagen, cuya altura es de 1.08 metros y no tiene vestidos de tela, estando por lo mismo más esbelta. En la capilla de enfrente, al lado de la Epístola, tiene su altar la imagen de los Remedios.

CAPITULO IV

Varios favores obtenidos por la intercesión de la Virgen del Brezo.

Innumerables son las gracias que, tanto en el orden espiritual como en el orden temporal, ha repartido y reparte a diario la Madre de Dios en su santuario del Brezo, o fuera de él, a quienes la invocan con viva fe y firme esperanza bajo aquel título. De éstas pueden unas ser consideradas como milagrosas y otras como simplemente providenciales, o favores que no lleguen a la categoría de milagro propiamente dicho. Como no tenemos autoridad para declarar cuáles pertenecen a un género y cuáles a otro, ya que la Iglesia nuestra madre se ha reservado el conocimiento de los milagros y ha prohibido además la publicación de efectos milagrosos que no estén por ella auténticamente reconocidos, nos limitamos a trasladar aquí algunos de los hechos referidos por el P. Flórez y comprobados convenientemente. Todos ellos pertenecen a tiempos antiguos; no porque falten en la edad moderna, sino porque, atendidas las

circunstancias de los tiempos, no se han abierto sobre ellos las oportunas informaciones para depurar la verdad.

Por lo demás, cada día experimentan los devotos del Brezo el auxilio poderoso de María Santísima, según lo acreditan los ex-votos que, agradecidos, cuelgan en las paredes del santuario para edificación de los fieles y gloria de Dios y su Madre. No hace muchos años que un hombre de Liébana cayó de lo alto de un árbol muy elevado, e invocando a la Virgen del Brezo al sentirse desprendido de la rama que lo sostenía, tuvo la fortuna de no sufrir lesión de ningún género a pesar de la altura. Podrá esto no ser un milagro, pero nadie negará que es un favor singular obtenido por la Madre de la divina gracia, como llama la Iglesia a María en la letanía Láu-retana; y parecidos a este hecho los refieren por docenas los peregrinos que acuden al santuario a dar las gracias a la Señora por algún beneficio semejante.

Y por si alguno preguntara, hoy que las ideas disolventes llegan hasta los últimos villorrios, cómo es que no se obtienen esos favores de otras imágenes de la Virgen, que

la representan con tanta o mayor perfección que la del Brezo, le diremos: Que no es la imagen mirada en sí misma la que alcanza a los devotos gracias especiales; es el prototipo, es lo que representa, es, en una palabra, la Virgen María quien otorga sus gracias a quien quiere, donde quiere y como quiere; o hablando con más propiedad teológica, es Dios Nuestro Señor, quien por intercesión de su bendita Madre otorga beneficios espirituales y temporales a los hombres en aquellos lugares que bien le place. Esto mismo hacemos todos, concediendo favores a quien bien nos parece y donde tenemos por conveniente: ¿Habrá alguno tan osado que se atreva a negar a Dios la facultad de hacer beneficios al hombre en lugares determinados con preferencia a otros? Seguramente que nadie se atreverá a tanto. Así es que, después de haber aludido el Señor en el Antiguo Testamento al futuro templo de Salomón designándole mil veces por el *lugar que elegiré*, cuando el Rey Sabio hizo la dedicación de aquel famosísimo templo, oyó de boca del mismo Dios estas palabras: «Mis ojos estarán abiertos y mis oídos atentos para escuchar la oración de

quien orare en este lugar; porque elegí y santifiqué este lugar, para que mi nombre esté en él por siempre y mis ojos y mi corazón permanezcan aquí todos los días».

Lo que Dios hizo en el Testamento Antiguo, repitió en el Nuevo, eligiendo y santificando ciertos sitios con predilección, para escuchar en ellos los votos de sus fieles. No puede negarse esta elección al Brezo, donde la misma Virgen María quiso que se la diera culto especial, como antes lo había hecho en Zaragoza y Covadonga, y después en la Saleta y Lourdes.

Con estas advertencias, que nos parecen necesarias para ilustrar la fe de los cristianos sencillos de la montaña, damos principio a la relación de favores marianos, que el P. Flórez trae en su historia del Brezo, y que sin duda sacó de los archivos del convento de San Román de Entrepeñas o de San Zoilo de Carrión, donde constarán las pruebas de todos y cada uno de ellos; se hallan también estos relatos en los cuadros que adornan las paredes del santuario en la capilla mayor.

ARTICULO 1.º

La Virgen del Brezo libra del demonio a un niño, a quien su padre maldijo, encomendándole a Satanás.

En el pueblo de Bado, junto a Cervera del Río Pisuerga, el año de 1580, vivía Juan Roldán en la costumbre abominable de desahogar su enojo contra los hijos, cuando le incomodaban, encomendándolos a los diablos. Vicio detestable, perjudicial y escandaloso, que no bastando a corregirle el temor de Dios, debe llamar la atención de las justicias seculares, para castigarle con indispensable rigor, con el fin de atajar tantas ofensas de Dios, el mal ejemplo de las familias y la ruina de los pueblos. Sucedió, pues, que estando una noche en la cama oyó el ruido que en el aposento inmediato hacían un hijo y una hija pequeños, estorbándole el sueño; luego empezó, como siempre, a ofrecerlos a los diablos con palabras y ademanes que manifestaban que tal era su deseo. Repitiendo las maldiciones con más enojo contra el hijo, acaso por más inquieto, oyó súbitamente los clamores

de la niña que decía: «Mas que le lleven y acaben con él de una vez»; en este fatal momento desapareció el muchacho, quedándose sola y espantada la niña.

Levantóse el padre al oír las voces y lamentos de la niña; registró medroso y aturdido todos los rincones de la casa, y no encontrando al niño, luego se persuadió de que para su castigo, y escarmiento de otros había permitido Nuestro Señor que el enemigo común se llevase la oferta de su hijo. Procuró volver en sí el desdichado padre; y reconociendo su culpa, con gran dolor y muchas lágrimas, pidió a Dios Nuestro Señor que por la poderosa intercesión de la soberana Virgen del Brezo, fuese servido de apiadarse de él, y librar de tan tirano dueño aquella inocente criatura; pues que él proponía firmemente de enmendar en un todo su depravada costumbre. A tan verdadero dolor y fervorosas súplicas, no pudo negarse el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación. Empero, para probar su paciencia y hacer más público el prodigio con la intervención de su Madre, se tardaron cuatro días sin haber noticia del muchacho.

Llegó el sagrado día del domingo, cuando todos los vecinos asisten a la Santa Misa, y al mismo tiempo de la elevación de la Hostia sacrosanta, entró el niño en la iglesia y se puso de rodillas, con asombro de todos los circunstantes. Y acabada la Misa dijo en alta voz que por las maldiciones de su padre le había llevado el demonio por los aires, y que, poniéndole en lo más alto de una peña, al otro lado del río, para despeñarle, se había encomendado muy de corazón a Nuestra Señora del Brezo, y que al punto vió venir a una Señora muy hermosa y resplandeciente, que quitándole de las manos del demonio, le llevó consigo, y entrándole en un pajar, le dijo que no saliese de allí hasta que ella le avisase. Así estuvo cuatro días, hasta el domingo en que tocando a alzar se le volvió a aparecer, mandándole que fuese a la iglesia, y que delante de todos contase el suceso, y que luego fuera, sin detenerse, a darla las gracias a su convento del Brezo. Todos, y más que todos el padre, quedaron admirados y aturcidos con tan pasmoso acontecimiento, y el padre, con nuevo arrepentimiento y asombro, confesó públicamen-

te aquel hecho, acaecido por su culpa. Hizo voto, delante de todos, de no volver a maldecir, y así lo cumplió por toda su vida. Fué luego con su hijo a dar las gracias a la Virgen, y mandó decir algunas misas.

No se olviden los padres de tan milagroso suceso, advirtiéndoles que no los obra Dios a cada paso. Y no pierdan de vista el ejemplo trágico que, para escarmiento de los maldicientes, especialmente de los padres que maldicen a sus hijos y de los hijos que provocan la ira de sus padres, nos recuerda San Agustín en su tratado de la *Ciudad de Dios* y en el Sermón 322; dice el santo Doctor «que en la ciudad de Cesárea de Capadocia hubo una viuda de gente principal que tenía siete hijos y tres hijas. Irritada un día contra ellos porque, habiéndola injuriado el mayor, no la habían defendido los demás, les maldijo a todos; y todos, desde aquel momento, quedaron trémulos, apoderándose de sus miembros un temblor tan espantoso, que no pudiendo sufrir su inquietud ni su oprobio en una ciudad donde eran tan conocidos, se huyeron de ella y vagaron errantes por todo el imperio romano sin hallar un mo-

mento de reposo. Paulo y Paladia pasaron al Africa y fueron a parar a la ciudad de Hipona, donde era Obispo el mismo San Agustín que lo escribe; el mismo santo los vió y conoció trémulos; presenció con todo su pueblo el prodigio de su curación por la intercesión del protomártir San Esteban; los trató después de sanos, y nos refiere extensamente y con todas sus circunstancias esta maravillosa curación en los pasajes citados». Ninguno podrá leerla, dice el señor Mazo, sin sentirse enternecido y ocupado de las alabanzas de Dios. Ignoramos el paradero de los demás hermanos, añade este escritor piadoso; pero sabemos que la desventurada madre, al ver los terribles efectos que su maldición había causado en todos sus hijos, se entregó a la desesperación y se ahorcó.

ARTICULO 2.º

Resucita dos veces a una niña.

En el año de 1600, en el pueblo de Villafria, el más vecino al Santuario, vivian Alfonso Macho y Ana García, su mujer; tenían una hija de sólo cinco meses, a

quien una grave enfermedad quitó la vida. Al tiempo de amortajarla, llena de sentimiento su madre, se la vino a la memoria el encomendarla a la Virgen del Brezo, de quien se referían tantos milagros. Hincándose, pues, de rodillas hacia su templo, la rogó con muchas lágrimas que la dejase aquella niña para su consuelo, a lo menos por diez años, y que si la concedía esta gracia, desde luego la mandaba una tierra. Apenas acabó su oración, cuando al volver los ojos hacia el aposento en que yacía la difunta párvula, advierte un gran resplandor; acércase un poco más y repara con asombro que abría ya los ojos la niña, empezando a moverse. A los pocos instantes la vió sana y buena, y pasó a dar gracias a su abogada divina por tan admirable y singular beneficio. No admira menos en este suceso el haber sido la Virgen tan puntual en conceder, como escasa la madre en pedir. Cumplido el plazo de los diez años, murió segunda vez la niña de la misma enfermedad, en el mismo día y hora que la vez primera. La madre, confiada en la gran piedad de Nuestra Señora, la pidió para su hija otros diez años de vida. No hubo di-

lación en el despacho, porque resucitada la niña, volvió a vivir con igual salud y robustez que antes. Pasados estos diez años, fué acometida del mismo accidente; quiso la desolada madre volver a instar a la Virgen con nuevo plazo, mas entendiéndolo la hija, con resignación y humildad la dijo: «No sea usted importuna con sus ruegos, que yo sé que la divina Señora es servida de que yo ahora me muera para ir a gozar de Dios y de su vista; porque si vivo más acaso le ofenderé y no le gozaré»: conformóse la madre con tan cristiana reflexión, y expirando su hija en tan felices disposiciones, es de creer piadosamente su felicidad sempiterna.

Tal suele ser la corona de la fe y de la verdadera devoción; así a la voz de Jesús resucitó la hija de Jairo, príncipe de la Sinagoga.

ARTICULO 3.^o

Manda a dos niñas que la lleven flores y las anuncia su muerte próxima.

En el año 1600, dos niñas, de seis años cada una, cuyos nombres eran María, hija

de Salvador Escobar, y Magdalena, hija de Pedro Sánchez, vecinos del pueblo de Intorzisa, cerca de Guardo, se fueron a coger flores, y preguntadas por sus padres para qué las querían, con prontitud y alegría respondieron que Nuestra Señora del Brezo se las había mandado coger, y que se las llevasen al convento... y que se volvieresen a sus casas, porque luego se habían de morir. Los padres asustáronse más que las niñas, porque la inocencia no teme a la muerte. En efecto, con el permiso paterno, llegaron gozosas al Santuario las dos inocentes peregrinas, y después de ofrecer sus flores a la pura flor de las Virgenes, volvieron contentas a sus cosas: enfermaron ambas en un mismo día, y a la misma hora dejaron las caducas flores de la vida por el paraíso eterno de la gloria.

Así premia la Madre de Dios la devoción de los fieles cuando la acompaña el candor de la inocencia.

ARTICULO 4.º

Resucita a un hombre encomendado por su mujer a la Santísima Virgen.

En el año de 1602, hallándose los ve-

cinos de Respenda en la reparación de la puente del citado pueblo, se puso debajo de ella para sostenerla con una alzaprima Diego Gonzalo, con el fin de asegurar la parte arruinada sentando algunas piedras; es el caso lastimoso que a la fuerza de los golpes se desbarató todo el puente, y cargando súbitamente sobre Gonzalo toda la broza de los escombros, piedras y fagina, quedó sepultado bajo el agua, en lo más hondo del río. Luego que ya recobrados del susto comenzaron a separar los maderos y las piedras, vieron con general compasión a su difunto vecino tan abollada la cabeza y quebrantados los huesos, que hasta su fisonomía era desconocida por la desfigurado que le hallaron.

Grande fuera el sentimiento de su mujer, María del Valle, al saber tan lamentable acontecimiento; pero siendo aún mayor su fe que su dolor, antes de ir a ver a su marido hizo fervorosa oración a la Virgen del Brezo, pidiéndola con vivas ansias que le restituyese la vida, ofreciendo desde luego a Nuestra Señora la mejor de las vacas que tenía, pasando en seguida a ver el lastimoso espectáculo que ofrecía su marido;

en medio del dolor profundo que sintió en los primeros momentos, advirtió, no obstante, que se movía, y abrazándose con él y dándole voces, sintió su respiración, y los circunstantes, atónitos, comienzan a clamar: «¡Vivo está, milagro, milagro!». Sacáronle, pues, con el mayor cuidado, y trasladado a su cama fué recobrando lentamente sus vitales alientos; hasta que pudiendo hacer uso de la palabra, llamó a su mujer y la dice: «María, ¿qué mandaste a la Virgen del Brezo? Dimelo y no temas, pues ella me ha vuelto a la vida». Y su mujer contesta: «La he ofrecido la vaca serrana». «Pues anda por ella—prosiguió Gonzalo—, y llévasela cuanto antes».

Es de advertir que la vaca era tan brava que nunca pudieron domarla con el yugo; pero María esperaba con fundamento que la divina Señora que venció la mayor dificultad, vencería la menor, haciendo manso al animal, para ofrecérsele como un homenaje de su devoción y reconocimiento. En efecto, se dejó atar como una cordera, y no es esto solo, sino que al sacarla de casa para ir al Brezo, ella misma fué muy sosegada hasta entrarse en la iglesia: y sa-

liendo a recibirla un religioso (¡raro asombro!) puso su boca en los pies del sacerdote, como besándolos; y volviendo a salir sin que ninguno la guiase, se trasladó a la casa de Villafria, que llaman de Nuestra Señora, por ser el depósito general de todas las limosnas de la Virgen. De esta manera, dice el piadoso historiador del Brezo, en un mismo y único suceso resplandecen cuatro milagros, que fueron: resucitar un hombre, la súbita mansedumbre de aquel animal indomable, la inaudita demostración de su rendimiento al ministro de Dios y el irse ella sola, sin conductor, a una casa en donde no había nunca estado, como si fuera conocida. Bendito sea mil veces el Hijo que tanto atiende al mayor culto y devoción de su Santísima Madre. No podía menos de oír las amorosas instancias de tan soberana *intercesora* el que diez siglos antes, como cuenta el Papa San Gregorio, a la oración del patriarca San Benito, resucitó a un joven monje sepultado y despedazado bajo los escombros de una pared derribada por la envidia del demonio; milagro parecido en su fondo al de Respenda.

ARTICULO 5.º

Resucita a un niño que se había ahogado.

En el año 1608, Catalina Cardaño, vecina de Camporredondo, tenía un hijo de nueve años, el cual, estando descuidado sobre el puente de aquel pueblo, le topó un carnero y le arrojó al río, por aquella parte muy hondo. Estúvose debajo del agua mucho tiempo, por no haber ninguno que le viese caer, hasta que los que antes le vieron en el puente le echaron de menos, y discurrieron si por descuido o travesura se hubiese caído al río, suponiéndole ahogado después del tiempo transcurrido; dieron noticia a su madre de sus fundados recelos, la cual, con entrañable dolor, pidió a algunos vecinos que la auxiliasen para buscarle, para cuyo logro pidió con muchos suspiros a Nuestra Señora del Brezo que, compadeciéndose de ella, la volviese a su hijo, y la ofrecía dos corderas. Empezando, pues, los vecinos a buscarle por las márgenes del río, con vivos deseos de encontrarle aunque fuese muerto, como ya lo suponían, le vieron en una peña vivo y sano y sin le-

sión alguna. Entregáronle a su madre con singular alegría, y todos dieron las gracias a tan piadosa bienhechora y abogada divina.

Redde filium meum, redde filium meum; dame a mi hijo, vuélveme a mi hijo; parece que habrá exclamado esta buena madre con aquella fe viva y constante con que el rústico, desolado y triste por la pérdida de su hijo, clamaba sin cesar a San Benito que le resucitase, como dice en sus diálogos el Papa San Gregorio el Grande, hablando de este milagro, debido a los méritos de San Benito.

ARTICULO 6.º

Cura a una tullida y enferma.

El año de 1612, en el pueblo de Vega de Riacos, Toribio Moreno y María Bravo tenían una niña de seis años, tullida de pies y manos, tan enferma, que se iba secando poco a poco. No hallando en la medicina remedio alguno, buscóle su padre, y le halló pronto y barato en la intercesión de María Santísima del Brezo; ofrecióla su hija con una novilla, y la niña, que hasta entonces habíase negado a toda es-

pecie de alimentos, con el hastio más notable y extraño pidió al punto que la trajesen qué comer, y sin auxilio ninguno se levantó de la cama con una agilidad de pies y manos, como si nunca hubiera padecido semejante dolencia. No parece sino que, a ruegos de la Virgen Santísima, que es la *salud de los enfermos*, dijo el Divino Jesús a esta niña, como al paralítico del Evangelio, *surge et ambula*, levántate y anda. Bendita sea mil veces la Madre de las misericordias y la repartidora de los dones del Señor en favor de sus devotos los fieles.

ARTICULO 7.º

Restituye la salud a un enfermo desahuciado

En 1613, en la ciudad de León, Felipe Rodríguez, estudiante, asistente del señor canónigo Carbonera, se hallaba enfermo de tanta gravedad y **peligro**, que después de un año de padecer y de todas las medicinas posibles, se vió abandonado ya de los médicos por incurable. En tan triste desamparo y con la muerte a los ojos, ape-

ló a la fuente de la salud y de la vida, ofreciéndose muy de corazón a Nuestra Señora del Brezo, y que si llegaba a cantar Misa la daba palabra de ir a su templo a decirla un novenario. Oyó benigna sus ruegos María Santísima, y fué Nuestro Señor servido de que luego mejorase, y pasó a cumplir su promesa.

ARTICULO 8.º

Resucita a una niña muerta de repente

En el año 1617, en la villa de Valcobero, una niña llamada Francisca, hija de Juan García, cayó repentinamente sin vida a los pies de su padre, que dejando la labor del campo, con la más viva aflicción, se dirigió a casa con aquel tierno cadáver en los brazos. Entre tanto que se disponía el entierro, por apartar sus ojos de tan lastimoso espectáculo, la ofreció su madre a Nuestra Señora del Brezo, con un novenario de Misas. ¡Oh gran poder de la fe, cuán grandiosas son tus maravillas! Apenas acabó esta buena mujer la súplica, volvió en sí la niña con tan vivos colores como si nada hubiera pasado por ella.

He aquí la victoria que vence al mundo; la fe que puede trasladar los montes, como lo hizo, de un punto a otro; cuando los Apóstoles resucitan los muertos y curan los enfermos en nombre de Jesús Nazareno, ¿qué no podremos esperar de la que es Reina de los Apóstoles y Madre de Jesús, si con una fe tan ardiente imploramos sus misericordias?

ARTICULO 9.º

Cura a un baldado y libra de la muerte a una niña.

En 1620, Alonso Calvo, vecino de Muñeca, cerca de Guardo, por el largo espacio de muchos años vivió tullido de pies y manos y baldado de todo el cuerpo, en términos de no tener movimiento alguno. Habiendo llegado a su noticia las grandes maravillas de la Virgen del Brezo en favor de semejantes enfermos, con esta esperanza consoladora hizo que le llevasen en un carro al Brezo, ofreciendo a la Santísima Señora servirla en su casa todo el resto de su vida. Dichoso, en verdad, ha sido el hombre que, en premio de su fe y confian-

za en la Madre de los afligidos, aun antes de llegar a adorarla, sintió en el camino notable mejoría, y restablecido en breve a su antigua sanidad y perfecta salud, se quedó perpetuo esclavo de la Emperatriz Soberana del Universo.



En el pueblo de Lomas, cerca de Carrión, estando una niña, hija de Juan Pérez, entretenida con otras al tiempo que pasaba un carro cargado, la cogió una rueda y la atravesó por medio del cuerpo. Cuando la vió su padre, exclamó: «¡Válgate Nuestra Señora del Brezo!». Se acercó a levantarla, y creyendo como todos que estaba dividida en dos pedazos, como era de presumir en su tierna edad, no sólo la encuentra viva, sino que vió con asombro que no tenía lesión alguna. Así recompensa el Señor la fe en su divina bondad, y la devoción fervorosa de los fieles a la Madre de Dios.

ARTICULO 10.^o

Socorre a una mujer gravemente tentada.

En 1620, María García, viuda, en el

pueblo de Villaverde de la Peña, se vió atormentada por el vehemente deseo de quitar la vida a una persona en venganza de cierto agravio. En medio de tan rabiosa pasión, no dejaba de acordarse de la gravedad de la culpa y sus fatales consecuencias. Pero una vez tocada de la tentación furiosa, hállase ya casi negada a desviarla de sí. Discurre los medios para la ejecución, mas acordándose de su antigua devoción a la Virgen del Brezo, la suplicó enternecida que la librase de una tentación tan peligrosa, y se quedó muy serena. Pero como el demonio en estos casos procura doblar las baterías, para triunfar de las almas, volvió la pobre mujer a ratificar sus malignos intentos. Busca las armas que puede y sale con los mayores impulsos de ejecutar su designio, porque el demonio había tomado por asalto el castillo de su alma; no encuentra a su enemigo y vuelve más furiosa a su casa. Se fué a la cama muy pesarosa de no haber consumado el crimen; y estando en la meditación de su misma cólera, oyó una voz que la dijo: «No hagas lo que piensas, que te vendrá por ello mal y mucho daño». Y volviendo atónita los ojos hacia

donde había oído la voz, vió sobre una grande arca a Nuestra Señora del Brezo, cercada toda de luces, y entonces la mujer exclama: «¡Oh Madre clementísima, y cuánto debo a tu amor!». Desapareció la Virgen dejándola del todo tranquila, mudada y favorecida, y al día siguiente, muy temprano, pasó al Brezo a darla mil agradecimientos por tan alta dignación y tan imponderable fineza, confesándose de su culpa y haciendo de ella penitencia.

ARTICULO 11.º

Sana enfermos y tullidos.

En el año de 1621, Juana Fernández, vecina de Castrejón, fué acometida de un dolor de costado tan agudo, que sin bastar los recursos de la medicina, de tal modo se desconfiaba de su salud, que sólo se procuró disponer las cosas del entierro. Acertó a llegar en este lance tan crítico el P. Cisneros, prior a la sazón del Brezo, y tomando de la mano a la enferma, la dijo en alta voz que se encomendase a Nuestra Señora del Brezo, que él la prometía, en su nombre, la salud. En el mismo instante, la

que por carecer del uso de los sentidos juzgaban todos difunta, abrió los ojos, y con muchas lágrimas invocó el patrocinio de la Santísima Virgen, ofreciéndola, si la sanaba, ir de rodillas a visitarla a su templo. Apenas pronunció la promesa, fué favorecida con la visión de Nuestra Señora, que la consolaba y animaba con la esperanza de su salud; favor singular que repitió la divina Señora visitándola otras dos veces por la tarde y de noche, hasta que la concedió la salud prometida; y pasando luego la devota al Brezo a pagar a la Soberana enfermera tantas visitas, quiso llevar la mortaja que la tenían preparada, como trofeo de su gran misericordia.



En el mismo año, dos monjas de Santa Isabel, en la villa de Carrión, una gravemente enferma y otra tullida de pies y manos, sabiendo los milagros que Dios obraba por la intercesión de Nuestra Señora del Brezo, se encomendaron muy de veras, con algunas ofrendas, a esta milagrosa imagen y una sanó súbitamente y la enferma se levantó buena dentro de seis días; quedando

tan aficionada y agradecida que a todos los enfermos persuadía que se encomendasen con toda confianza a esta Soberana Señora.



En el mismo año, un mozo de tierra de Burgos, llamado Juan, padecía con frecuencia una opresión de corazón que le dejaba en la última agonía. Oyendo la fama de los milagros de la Virgen Santísima, vino en romería a visitar la del Brezo. En las cuatro noches primeras le acometió el mal con más violencia que nunca; pero confiado siempre en la gran piedad de la Madre de los afligidos y de los enfermos, prosiguió su novenario y mereció verse libre para siempre, por su fe y constancia, de tan molesto y mortal accidente.

ARTICULO 12.º

Hace otros milagros en favor de sus devotos

En 16 de Septiembre de 1683 halláronse de tránsito en el pueblo de Valsurvio Juan de Santa María y Simón Abad, vecinos de Perapertú, en tierra de Aguilar, después de puesto ya el sol, con un carro

de sal, yerba y centeno que para sus casas llevaban. En el prado que llaman de los Linares, sucedió que al revolver se trastornaron los bueyes con el carro y la carga y fueron rodando hasta el río. Luego que Juan advirtió el grave peligro en que estaban, exclamó con mucha fe: «¡Oh Virgen Santísima del Brezo, favorecedme, que yo os ofrezco un celemin de sal!». Consiste, pues, el prodigio en que, habiendo rodado por dos fragosos linderos el espacio de más de 60 pasos, no se quebró el carro, ni se desencajaron las ruedas, ni se rompieron los costales, ni se hicieron daño los bueyes, por lo que, reconocidos a tan singulares favores, pasaron al otro día a cumplir su promesa en presencia de Luis Santos, vecino de Muñeca, Felipe Peláez y Juan, su hijo, vecinos de Villafría.



En el año de 1702, León de las Heras, vecino de Velilla de Tarilonte, subióse a un roble de 40 pies de altura para coger la hoja, y estando en la cima desgajóse la rama que le sostenía y se cayó de espaldas, para mayor desgracia, sobre unas piedras.

María González, su mujer, que estaba a la vista, invocó en el acto a Nuestra Señora, ofreciéndola un buey. En esta peligrosa caída, con el peso del cuerpo y la violencia del golpe, hizo un hoyo en el suelo y comenzó a arrojar mucha sangre por la boca. Hizo la Santísima Virgen—dice la historia, con esta pronta evacuación—, lo que tardaría en hacer un cirujano, y sin otro remedio se trasladó a su casa sano y bueno. No se contentó como agradecido, con llevar a Nuestra Señora el buey ofrecido por su mujer, sino que también la llevó el roble de donde había caído, como el doble instrumento de su desgracia y del milagro.



En 1672, el Licd.^o don Francisco de la Fuente, natural de Respenda y rector de la villa de Ferral, volviendo por el mes de Agosto de cazar, se le espantó la yegua, al mismo tiempo que se le disparó la escopeta. Azorado el animal con el estrépito del tiro y más irritado con la casual aplicación de la espuela, le arrojó furiosamente de la silla y llevóle arrastrando más de 30 pasos. En tan inminente peligro de perecer,

invocó muchas veces los dulcísimos nombres de Jesús y de María Santísima del Brezo, con tan feliz éxito, que, sin saber cómo, se encontró hincado de rodillas sin el menor daño. Fué al otro día a celebrar una misa en acción de gracias a la Virgen, y mandó perpetuar en un cuadro la memoria de tan singular acontecimiento, para aumentar, con otros infinitos, las más bellas decoraciones del templo de María.

ARTICULO 13.º

Libra a un hombre sepultado por la nieve y convierte a un caballero de su mala vida.

En 1633, subiendo la cuesta que llaman de la Tevilla, Miguel Rojo y Juan Madro, vecinos de Valcobero, corría un viento tan furioso que, derribando gran cantidad de piedra, quedaron sepultados bajo de su helada y pesada mole. Pudo al fin salir Juan, que buscando y llamando a Miguel no le halló. Suponiéndole muerto ya, después de cuatro horas de haber sucedido aquella catástrofe, pasó corriendo al pueblo en busca de gente para descubrirle y enterrarle, cuando al venir los vecinos le encontraron

camino ya del pueblo, y les dijo que no se admirasen de verle vivo, porque al tiempo de caer se había encomendado a la Virgen del Brezo con grandísima fe, y que Su Majestad le había librado sin daño ni perjuicio alguno.



Concluye el historiador con un caso prodigioso, nuevo testimonio de los beneficios inmensos que deben a la poderosa intercesión de esta gran Señora los que solicitan humildes su clemencia.

En cierta numerosa población, vivía un sujeto de mediana edad, tan sumergido en las inquietas olas de una pasión ilícita, que, si bien en ocasiones sentía los golpes de la conciencia, que le mostraba los peligros de su condenación eterna, no se resolvía a romper de una vez los hierros de su tirana esclavitud. Dura y ominosa pasión, por cierto, que hacían más interminable y pesada, no sólo la voluntad y el trato criminal, sino las falsas consideraciones del honor y del reconocimiento, con que dorando la copa de los vicios, suele hacer el demonio su comercio, llevando tantas almas al infierno: tan falsa y peligrosa es la razón de

los respetos humanos que, por evitar el *qué dirán*, arrostra el hombre no pocas veces su perdición sempiterna.

Un amigo, especial devoto de Nuestra Señora del Brezo, supo, sin embargo, inspirarle valor y constancia para sacarle de tan lamentable estado, aunque sus consejos no hallaron gran resistencia, porque ya el Dios de Manasés había hecho lo principal ablandando aquel obstinado corazón. Fué por la noche a despedirse de su cómplice, y al escuchar su nueva resolución, en vez de seguir como él la inspiración del cielo, con la rabia de una furia le llenó de ultrajes, amenazándole de que *jamás la vería la cara*. ¡Terrible profecía que dentro de poco vió cumplida! En dos jornadas y media llegó el buen caballero al Santuario, nueva Piscina de su anhelada salud, confesando que cuanto más se acercaba a la misteriosa soledad del Brezo, tanto más se aumentaba su alegría.

Luego que le descubrieron la hermosa imagen de la Virgen se le asomaron las lágrimas de gozo y ternura, quedando desde aquel momento tan cautivo de su majestuosa belleza, que sólo se acordaba de confesar

y de llorar sus culpas, para merecer adorarla con pureza interior, sin el rubor de sus pasados desórdenes. Hizo confesión general, previo el examen más cumplido. Ponderando que hace algunos años no sabía lo que era gozo, ni alegría completa, en medio de los que el mundo llama placeres. Lección importante para los mal entretenidos.

Despidióse de María Santísima con singulares expresiones de reconocimiento y ternura, manifestando a los monjes su ardiente deseo de quedarse perpetuo esclavo de la Soberana Reina que le había logrado su apetecida libertad. Mucho fué su pesar cuando cerca ya de su pueblo le dieron la infausta nueva de que había muerto su desventurada cómplice, adorando los incomprensibles juicios de Dios; y si por un lado tenía el caso por un castigo del cielo, algún tanto le consoló la noticia de que se había confesado y recibido los Santos Sacramentos.

Aunque es un dogma católico que la misericordia del Señor es grande, infinita, inmensa para con los pecadores; es, no obstante, muy conveniente que no se olviden nunca los ejemplares de este género, para que los viciosos y obstinados no abusen de

la divina clemencia, y procuren acogerse cuanto antes al asilo seguro del arrepentimiento por la intercesión de la que es *consuelo de los afligidos*.



Bastan los casos transcriptos para mover a los fieles a invocar con devoción y fervor a la Virgen del Brezo, en todas sus necesidades espirituales y temporales, pues por ellos verán cómo la Señora socorre con cariñosa y maternal solicitud a cuantos la invocan con fe, y arrepentidos de sus culpas procuran agradecerla sirviendo a su Santísimo Hijo y Señor Nuestro Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.





NOVENA

EN HONOR DE LA REINA DE LOS ANGELES

NUESTRA SEÑORA DEL BREZO

ADVERTENCIAS

1.^a Las oraciones 1.^a y 2.^a, con los actos de alabanza se repiten todos los días de la Novena; la 3.^a es propia de cada día y completa el número de tres oraciones, en honor de los misterios de la *Concepción*, *Virginidad* y *Maternidad* de María Santísima.

2.^a Consistiendo la verdadera religión, al decir de Tertuliano, en imitar lo que veneramos, sería muy útil y conveniente que, al menos, durante la Novena, el esclavo de Nuestra Señora del Brezo se ejercitase en alguna virtud particular, o en alguna obra piadosa, como limosna, visita de enfermos,

sufragios por las ánimas, misa, rosario, etc., según las circunstancias especiales de cada uno, y, en uno de los días de la Novena, recibir los Santos Sacramentos de Confesión y Comunión, siendo posible; pero siempre lo es y debemos cada uno consagrar a Dios por la mañana, en acción de gracias, todas las obras del día, con nuestro cuerpo y alma, sentidos y potencias, divinos dones que sólo para servirle, adorarle y amarle con ellos, los hemos recibido de la mano del Señor.

Por la señal... etc.

ACTO DE CONTRICION

Dios y Señor mío, a quien los Santos y los Angeles alaban y bendicen en el cielo y los justos sirven y adoran en la tierra: vedme aquí postrado a vuestros pies, lleno de confusión y con un gran dolor de todas mis culpas, pésame, Señor, de haberos ofendido, por ser Vos quien sois, y por-

que mis pecados me han alejado de Vos, que sois mi único bien y mi única esperanza. No más pecar, Dios mío; primero morir que ofenderos; antes bien quiero consagrarme a vuestro servicio y resarcir, en lo posible, todo lo mal hecho hasta hoy. Muchas veces he resuelto buscaros y me extravié; he deseado amaros y troqué el afecto; andaba en pos de un placer infinito y el más liviano me entretenía y disipaba. Dadme fuerza, Señor, en esta hora, para comenzar de veras a ser todo vuestro. Hacedme sordo, si el mundo me llama; fuerte, si la carne me incita; precavido, si el demonio acecha mi pobre alma. Vos me habéis dicho que pida y recibiré, que llame y se me abrirá la puerta, por eso pido, como menesteroso, a mi Dios. Para mejor agradaros y asegurar el buen despacho de mi súplica, imploro el valimiento de vuestra Madre Santísima, ya que por mi bien se ha dignado bajar de los cielos a la santa soledad del Brezo.

PRIMERA ORACION

A

NUESTRA SEÑORA DEL BREZO

¡Oh Pastora divina, que buscáis amorosa las ovejas perdidas del rebaño de Israel! Los horrores de esta soledad son transformados en un edén delicioso con vuestra soberana presencia. Nos habéis descubierto la imagen de vuestra hermosura con el fin de avivar nuestra fe, alentar nuestra esperanza y encender la caridad en nuestros corazones. ¡Oh suave medicina, cual es tu nombre para todas las dolencias humanas! No deseches, Reina hermosa, esta oración de tu pobre siervo, que, con entera confianza en tus divinas promesas, te suplica me alcances de tu Hijo la salvación de mi alma, que es lo que me importa sobre todas las cosas. También, Señora, me afligen las persecuciones de la Iglesia y los males de mi patria. Pero Vos sois la esperanza del pecador, la defensora de la Iglesia y la Pa-

trona de España. Hablad, pues, al Señor y se salvarán los pecadores, la Iglesia y la Patria. Jesús es rico en misericordias, pero su Madre amorosísima es la tesorera y repartidora de sus dones entre los desamparados. Ninguno lo es más que yo, desprovisto de buenas obras y falto, por lo mismo, de todo. Si os dignáis alcanzar de vuestro Hijo el alivio de mis males, yo prometo seros muy agradecido. Así os lo suplico en esta santa Novena, y lo espero, pues que vuestros fieles devotos mil veces gustaron las dulzuras del amor divino y los consuelos de vuestro patrocinio amoroso, para que, pasado el invierno de las tribulaciones, pueda con Vos alabarle en la eternal primavera del paraíso por siempre jamás. Amén.

ACTOS DE ALABANZA Y RECONOCIMIENTO

A la Beatísima Trinidad y a la Santísima Virgen con doce Aveñarias y tres Padrenuestros, en memoria de las doce estrellas que coronan a la Reina de los Angeles,

en simbolo de las doce excelencias con que fué adornada por las tres Divinas Personas, a quienes lo agradecemos en su nombre. Se divide en tres saluciones:

PRIMERA

Os bendecimos, alabamos y damos gracias, ¡oh Señor, Dios Padre!, porque en uso de vuestro infinito poder, tanto ensalzasteis a vuestra amada Hija la Purísima Virgen María.

Padrenuestro... etc.

Dios te salve, María, de Dios Primogénita, llena eres... etc.

Dios te salve, María, de la tierra gloria, llena eres... etc.

Dios te salve, María, del mundo Señora, llena eres... etc.

Dios te salve, María, de los cielos Reina, llena eres... etc.

Gloria Patri... etc.

SEGUNDA

Os bendecimos, alabamos y damos gracias, ¡oh Señor, Dios Hijo!, porque en uso de vuestro infinito saber, tanto adornasteis a vuestra amada Madre la dulcísima Virgen María.

Padrenuestro... etc.

Dios te salve, María, como la aurora bella, llena eres... etc.

Dios te salve, María, como el lucero clara, llena eres... etc.

Dios te salve, María, como la luna hermosa, llena eres... etc.

Dios te salve, María, como el sol escogida, llena eres... etc.

Gloria Patri... etc.

TERCERA

Os bendecimos, alabamos y damos gracias, ¡oh Señor, Dios Espíritu Santo!, porque en uso de vuestro infinito amor, tanto agraciasteis a vuestra amante esposa la Santísima Virgen María.

Padrenuestro .. etc.

Dios te salve, María, sola inmaculada, llena eres... etc.

Dios te salve, María, sola predilecta, llena eres... etc.

Dios te salve, María, sola perfecta, llena eres... etc.

Dios te salve, María, sola Virgen Madre, llena eres... etc.

Gloria Patri... etc.

SEGUNDA ORACION

A NUESTRA SENORA

¡Oh Princesa de los cielos!, que bajo el título del Brezo te hiciste nuestra protectora divina, en la cual cifra sus complacencias la adorable y Santísima Trinidad con asombro de los Angeles, Madre dulcísima, llena de piedad y en extremo compasiva de nuestras miserias, ¡ah! perdonad nuestro olvido, y con el fuego que arde en vuestro corazón purísimo, derre-

tid el hielo de los nuestros. ¡Oh, María dulcísima!, esperanza del pecador, pues habéis derrocado sola todas las herejías del Universo, levantáos ahora y haced ostentación de vuestro poderío. Mirad esa Iglesia Santa, la immaculada esposa de vuestro Hijo adquirida con el precio de su sangre; ved los ultrajes que sufre de sus perseguidores... ¡Oh dolor!, la Señora de las naciones yace hollada, envilecida, escarnecida, rasgada su preciosa túnica por sus propios hijos, gimiendo en esclavitud ominosa; la Hija del cielo... Vos, que sois terrible como los ejércitos en campo de batalla, volad en su auxilio, disipad las tinieblas de tantos vicios y de tantos errores. Hablad a los incrédulos en el tono imponente de los prodigios. En el nombre adorable y augusto de la Beatísima Trinidad, que os ha enriquecido con sus dones y prerrogativas excel-sas, dad salud al enfermo, consuelo al afligido, contrición al pecador y fervor al justo; alcanzadnos el don de la perseverancia

final en gracia del Señor, para merecer con vuestro patrocinio la posesión de la felicidad con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Después de esta oración, pedirá cada uno a Nuestra Señora el remedio de sus necesidades.

DIA PRIMERO

Sobre la fe de María Santísima Ntra. Señora

TERCERA ORACION

¡Oh soberana Emperatriz del Universo; la más bella corona del género humano, adornada con el resplandor de todas las virtudes! De tal manera encendió la fe vuestro corazón e ilustró vuestro entendimiento que, cuando el mundo no creía que un Dios se hiciera hombre, Vos confesábais que nada era imposible a su Omnipotencia, de modo que, según vuestro amado San Ildefonso, a la fe de que vivíais Vos misma dábais la vida; ya, pues, que habéis apa-

recido en la soledad del Brezo para encender aquel fuego divino que desea Jesús que arda en nuestros corazones, os damos rendidas gracias por tan señalada fineza, confesando que a Vos somos deudores de la fe católica en vuestro reino de España y el no haber apurado hasta las heces el cáliz de mortal amargura que agotaron otras naciones hasta su más desastrosa desolación y exterminio. Haced, Señora, que su radiosa luz disipe las tinieblas del error para creer firmes en la fe, vivir según ella y ser con verdad llamados, como quiere San Pablo «hijos de la luz»; haced que nunca nos abandone esta luz esplendente, Madre amorosísima, para que podamos llegar con ella al monte santo de la gloria. Amén.

DÍA SEGUNDO

Sobre la esperanza de Nuestra Señora.

TERCERA ORACION

¡Oh hermosa Reina de los Angeles, asilo de los desamparados mortales y maestra de nuestra esperanza!, pues no sabéis mirar nuestros pesares sin prevenirnos con los consuelos, con razón os apellida S. Efrén «única esperanza de los pecadores». Vuestra venida a las erizadas rocas del Brezo, es como la aparición del Iris en la nube, la precursora de nuestras dichas espirituales, pues de Vos huyen las horribles tempestades del corazón; Vos sois la fuente sellada del amor divino, de la que salen a torrentes la bendición, la felicidad y la vida de vuestros devotos. Vos sois, Ester divina, la delicia y ornamento de estas montañas; siendo España vuestra herencia, os habéis dignado volver a visitarla en los momentos de mayor tribulación, como la salvadora de

este antes infortunado y ahora venturoso reino. ¡Ah! ¿Qué hubiera sido de los españoles sin vuestra visible protección? Los horrores, la desolación, la sangre, el fuego que borraron los pueblos del Norte, del Mediodía y del Oriente del mapa de las naciones, fueran castigo muy leve comparado con nuestros pecados. Si mi patria pecadora no ha perecido bajo el yugo de la esclavitud más afrentosa, como la ingrata Jerusalén y la orgullosa Babilonia, todo lo deben sus hijos al amor de María. No miréis, Reina clementísima, nuestras culpas, sino a la misericordia e indulgencia que habéis usado con los infelices que se acogen a vuestro amparo. ¡Oh dulzura de nuestra esperanza! ¡Oh Sacratísima Virgen del Brezo!, si Vos nos desamparais ¿a dónde volveremos los ojos? Haced que esta virtud divina haga brotar en nuestros corazones frutos de santidad, y con razón será vuestro patrocinio la corona de nuestra esperanza en la tierra y en el cielo. Amén.

DIA TERCERO

*Sobre la caridad de la Santísima Virgen
Nuestra Señora.*

TERCERA ORACION

¡Oh Madre soberana de Dios y de los hombres desde la escena dolorosa del Calvario! Vos sois la mística rosa del Brezo, en cuya soledad sabéis prevenir nuestros pesares con la suavísima fragancia de vuestras consolaciones, donde sois el único consuelo en las aflicciones que nos cercan por todas partes. De Vos huyen todas las tribulaciones de la vida, pudiendo ablandarse con el fuego de vuestra caridad hasta la dureza de las rocas. Bien podemos, Virgen gloriosa, exclamar con San Pedro Damiano y San Germán, que nos amáis con un amor inventible, y que ninguno es libre ni salvo sino por Vos. Díganlo sino los enfermos, los paralíticos, los pecadores y los muertos; unos que os deben la robustez antigua de sus ári-

dos miembros, otros la salud, éstos que se reconciliaron con el Señor ofendido y aquéllos que volvieron con vuestro amante patrocinio a la luz de la vida. Tan agradable es a vuestros oídos, ¡oh divina bienhechora!, la invocación de vuestro nombre bajo el título del *Brezo*. Bien lo acreditan los simulacros de la piedad cristiana que decoran las paredes de este sagrado templo. Haced, pues, Señora, que inflame nuestros fríos corazones una centella de aquel amor inmenso que en Vos ardía, para que amemos a vuestro Hijo con todo nuestro corazón, sufriendo por su amor los trabajos de la vida, para lograr, a la sombra de vuestra protección, gozarle después en la gloria. Amén.

DIA CUARTO

Sobre la humildad de la Virgen Santísima.

TERCERA ORACION

¡Oh Virgen gloriosísima del Brezo,océa-

no inmenso de perfecciones, consuelo y vida de todos los seres humanos!, pues que os debemos la vida de la gracia, ¿quién será capaz de engrandecer y loar dignamente vuestra humildad? Pues como dice San Vicente Ferrer, leyendo Vos la profecía de la Encarnación, llorábais, deseando ver aquella Venturosa Virgen, sin pensar en que podíais ser Vos la escogida por el Altísimo; ¡oh verdadera humildad!, exclamaré con San Agustín; ¡oh humildad que dió a los hombres vida, renovó los cielos, abrió el paraíso y libertó las almas del infierno! Dichosa os llamarán todas las generaciones; pues, al par que enaltecida por la soberana Omnipotencia, decís que sois *la esclava del Señor*. Y nosotros, Señora, ¿cómo podemos ensalzaros por tantos bienes y tesoros como nos dispensáis en esta soledad? Vos, libertándonos de nuestros invisibles enemigos, habéis trasladado al Brezo el trono de las misericordias del Señor. Las huestes de Rómulo y Genserico, las medias-lunas

vencedoras del Guadalete y la soberbia del tirano que, cual un cometa aterrador, apareció sobre el trono de San Luis, cayeron destrozadas, y huyeron los demonios al nombre de la divina defensora de España. ¡Ojalá que nosotros los ingratos españoles no hubiéramos, como los judíos, clamado con delirante furor que la sangre de Jesús cayera sobre nuestras cabezas con los males, estragos y desolación que vinieron sobre España! ¡Oh Madre querida!, habed compasión de nuestras miserias; encended en nosotros la hermosa virtud de la humildad, para que, lejos de nuestros corazones los vicios y pecados que tanto irritaron al manso y humilde Jesús, con ella merezcamos la corona de los justos en la gloria. Amén.

DIA QUINTO

Sobre la pureza de la Santísima Virgen.

TERCERA ORACION

¡Oh luminosa estrella de consolación,

norte de seguridad, aurora del divino sol de justicia, Virgen Santa del Brezo! ¡Oh Judit valerosa, a quien debe España su libertad de la tiranía del demonio, de la herejía y del error en que yacen oprimidas otras desoladas naciones! Vuestra imagen es la fuente perennal de todas las felicidades, en favor de todos los devotos, que vienen a ofreceros en vuestro Santuario la grata ofrenda de sus humildes y castos corazones. No, Señora, sin el encendido carbón de Isaías no es dado a un mísero mortal encarecer la virtud de la pureza que os adorna y ensalza tanto. «Habiendo de nacer un Dios—dice San Agustín—sólo podía nacer de una Virgen; y si una doncella, sin dejar de ser virgen, había de ser Madre, sólo podía dar a luz a un Dios». Vos sois, ¡oh Virgen de las vírgenes!, la que tremolando el estandarte de la castidad habéis llenado los cielos y la tierra con las balsámicas flores de la pureza, que perfuman con su fragancia los jardines de la

Iglesia. Por esta excelsa virtud que os hace superior a los ángeles, purificad los deseos de nuestros corazones, para que, ceñidos con ella, conservemos tal pureza de alma y cuerpo que seamos dignos de acompañaros en la gloria. Amén.

DIA SEXTO

Sobre la sumisión de la Virgen a la voluntad de Dios.

TERCERA ORACION

¡Oh, alegría de los cielos, consuelo de los tristes, refugio de los pecadores! Si comparamos nuestra ingratitud orgullosa con la paciencia de María en las tribulaciones y su entera sumisión a las órdenes del Altísimo, nos llenamos de rubor y no somos dignos de alzar los ojos al cielo y menos a la Madre de misericordia, que lo es tan sólo de los humildes y reconocidos. Sólo Vos sois la fuente de todas las gracias;

la única que puede consolarnos con la esperanza del perdón; como que sois ¡oh Reina clementísima!, la Madre del Juez y de los reos. No contenta con defendernos del dragón del abismo, que busca rabioso nuestras almas para devorarlas, os habéis constituido en la soledad del Brezo visible protectora de todos los que con fe viva y devoción ardiente acudan a Vos, no sólo como torre de David, que lo sois para defendernos, sino como Maestra divina que nos enseña el camino del cielo por la sumisión a la voluntad del Señor, que es la que conduce a la vida eterna. Dadnos, Virgen amabilísima, la paciencia que, según vuestro santo Apóstol, es necesaria para merecer la corona después del combate de la vida, sufriendo con resignación los trabajos y molestias humanas; dadnos fuerzas para domar nuestras pasiones, para servir más lealmente a vuestro Hijo Santísimo, logrando de esta manera, con vuestro patrocinio, la salvación de nuestras almas. Amén.

DIA SEPTIMO

*Sobre el amor de Maria Santisima
a los hombres.*

TERCERA ORACION

¡Dios te salve, gloriosísima Reina, alcázar de Sión y seguro baluarte de los infelices pecadores! Tú eres la conductora de tus fieles amantes a las deleitosas mansiones del paraíso; Tú eres la paloma posada en la margen de la fuente del Brezo para detener la venganza del Señor en favor de tus hijos los mortales; Tú eres la alegría de Israel, la gloria de la Iglesia y el honor del pueblo español. A Tí, ¡oh Señora!, se levanta mi rostro abatido; a Tí miran los ojos de **mi** corazón, desgarrado por el furioso tropel de las pasiones, implorando tu misericordia; pues eres aquella blanca nube que uno de los profetas vió subir de la parte del mar, colmada de frescura y de aquel rocío que apaga el fuego

abrasador del infierno. ¿Cómo es, Virgen gloriosa, que tu imagen del Brezo alegra los tristes, conforta los justos y santifica los pecadores? ¿Cómo es que apaga la sed rabiosa que ocasiona el pecado? Porque Tú eres la fuente de aguas cristalinas que fertiliza los amenos campos de la Iglesia; Tú, bella como la luna, escogida como el sol, más dulce que la miel en panal y suave como la fragancia del bálsamo; Tú llamas al desierto a todos los oprimidos con el peso de los trabajos, y llenas de reposo espiritual sus corazones. Los que allí te buscan, encuentran la vida y beben la salud. ¡Dichosos los que, imitando tu ardiente amor a los hombres, se acercan al nuevo solio de tus bondades! Alcánzanos este divino y reciproco amor, para con él alabar eternamente a tu Hijo Jesús y a Ti, Reina de los Angeles. Amén.

DIA OCTAVO

Sobre la oración de la Santísima Virgen.

TERCERA ORACION

¡Oh estrella radiante, que guías al cielo las almas de los que caminan por el oscuro y proceloso mar del mundo, que con el ejemplo de tus admirables virtudes enseñaste a los hombres a buscar en la oración los tesoros de la gloria y el remedio de sus males!, con la posible devoción te veneramos como Madre de Dios y nuestra; oid, os suplico esta oración humilde ¡oh Madre amantísima!, porque, si bien mis culpas apartan vuestros ojos de un mortal delincuente, la piedad de vuestro compasivo corazón se ha manifestado en favor de los afligidos y menesterosos en la sierra del Brezo. Muchos son ya, Señora, los que deben su conversión y su salud al ardor de vuestra oración y a vuestro celo por la salvación de las almas. Desde el trono que

Vos elegisteis para premiar la confianza de los fieles en vuestro amparo, encended, Reina Santísima, el celo de la honra de Dios en estas montañas y en toda la Patria, dispensando los tesoros de la gracia que derramáis a manos llenas sobre los que de corazón os aman, para que, siguiendo vuestras pisadas, os alabemos agradecidos en el cielo. Amén.

DIA NOVENO

Sobre la santidad de la Virgen Nuestra Señora.

TERCERA ORACION

¡Oh Virgen admirable, embeleso de los cielos y de la tierra! ¿Qué no debemos esperar de una Madre que tanto puede y que nos quiere tanto? ¿Cuál debe ser nuestra devoción a la hermosa Hija del Príncipe? Su patrocinio es tanto más urgente cuanto es más cercano el terrible momento de nues-

tro viaje a la eternidad. Después de Jesús, nuestro hermano y medianero en el tribunal de Dios, María es nuestra más firme esperanza; alcanzadnos, pues, ¡oh Reina excelsa!, la riqueza de las virtudes, que son el elemento conservador del mundo. ¡Oh Madre de Dios!, ¡oh dulce bien mío! Si mi corazón humilde puede responder a las finezas de vuestro amor, os le ofrezco gustoso, os lo doy contento, pero... ¿qué digo? ¡Ah!, perdonad, Señora, mi atrevimiento; porque yo no debo daros un corazón tan pobre de méritos y buenas obras. No puedo participar de vuestras bondades, si vuestro poder no renueva en mí el prodigio de Saulo. Bien deseo adquirir en vuestra escuela el tesoro de virtudes que os adornaron; grabadlas, pues, en mi helado corazón; imploro esta gracia para todos mis hermanos los pecadores; suplico la dulzura de vuestras misericordias para los bienhechores, que contribuyeron y ofrecen sus limosnas a la restauración de vuestro San-

tuario del Brezo, y sostienen piadosos el culto solemne que ya en su templo se tributa al Señor. Recibidnos a todos por vuestros esclavos, ¡oh Emperatriz del cielo!, y a la sombra de vuestro amparo marcharemos por los caminos de la virtud hasta el Sacro Monte de las delicias eternas. Amén.





GOZOS
A LA
VIRGEN DEL BREZO

*Pues a cantar tus loores
Nos dedicamos ahora,
Vuelve tus ojos, Señora,
A nosotros pecadores. Ave María.*

Del Brezo entre los horrores
Entregada ya al olvido,
Fuiste tesoro escondido
Descubierto por pastores:
Cercada de resplandores
Sed, como entonces, Aurora,

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Por más que otro pueblo honores
Te quiso dar, preferiste
al Brezo, donde volviste
A repartir tus favores;

Para que no los menores
Por nuestras culpas ahora,

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Los gemidos, los clamores
Viven de aquí desterrados;
Pues que por Ti son curados
Nuestros males y dolores:
Para que más superiores
Gracias logre quien te implora,

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

De la muerte los rigores
O se quedan en amago,
O con santa muerte el pago
Les das a tus servidores;
Para salir vencedores
En esta temible hora,

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Finezas mucho mayores
Se ven en tu templo augusto;
De él sale el pecador justo;
Los justos salen mejores;

Para ser todos deudores
De las gracias que atesora,

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Los rayos abrasadores
Del justo Juez a tus aras
Respetan. Si nos amparas,
Calmarán nuestros temores;
Para evitar sus furoros
Sed Vos nuestra intercesora.

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Con mil gracias interiores,
Que son de tu amor señales,
A tus devotos leales
Aumentas hoy los favores;
Por que no sean menores,
Nuestra piedad corrobora.

Vuelve tus ojos, Señora, etc.

Librad, pues hemos cantado,
Dulce Madre, tus piedades,
Los cuerpos de enfermedades,
Y las almas de pecado. *Amén.*

Libradnos de peste y guerra,
Y de todo mal libradnos;
Dad también y conservadnos
Los frutos de mar y tierra. *Amén.*

Y pues haces tan notoria
De tu bondad la eficacia,
Dadnos, Señora, la gracia.
Prenda cierta de la Gloria. *Amén.*



Li-brad, pues he mos can -

1.^a y 2.^a voz

Bajo

Pues a can tar tus lo

ta do Dul ce Ma dre tus pie -

o res nos de - di ca mos a

da des.—*Respuesta.* Los "cuerpos de en fer me-

ho ra. Vuel ve tus o jos Se -

da des Y las al mas de pe ca do

ño ra a nos o tros pe ca do res

Estrofas

1.^a Del bre zo en tre los ho rro res

En tre ga - da ya al ol - vi do fuis te

un te so ro es con di do des cu bier to

por pas to res Cer ca da de res plan

Respuesta

do res sed co mo ent on ces Au ro ra Vuel ve

